



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Octavio Paz: identidad y modernidad

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1998). Octavio Paz: identidad y modernidad. *Cuadernos Americanos*, 4(70), 11-22.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 70, (julio-agosto de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## Octavio Paz: identidad y modernidad

Por Leopoldo ZEA

*Programa Universitario de Difusión de Estudios Latinoamericanos,  
Universidad Nacional Autónoma de México*

*A Marie José Paz*

EL 19 DEL PASADO MES DE ABRIL, al tomar el avión que me llevaría de Las Palmas de Gran Canaria a Madrid, me enteré de la muerte de Octavio Paz. En Madrid toda la prensa hablaba de su muerte, su herencia y lo que representaba para la cultura en lengua española. Muerte esperada pero que no debía suceder. Recordé otra fecha, el 11 de octubre de 1990, cuando me enteré en Londres del otorgamiento a Octavio Paz del Premio Nobel de Literatura. Me inundó una gran alegría como ahora una gran tristeza. Eran extraordinarias las referencias a su personalidad y obra. Regresé a México, donde se le veía como el más grande y extraordinario escritor, pero también se recordaban sus violentas discrepancias. Para mí Paz era, simplemente, un hombre con sus claros y oscuros, como lo son todos los hombres.

Fui invitado al programa "Entrevista con Sarmiento", para hablar entre otras cosas sobre mi relación con Octavio Paz. "Usted tuvo diferencias con Octavio Paz —se me preguntó— que se expresaron en polémicas en medios de comunicación". "Nunca, jamás —contesté— tuve diferencia pública alguna con Octavio. Nuestra relación fue de mutuo respeto". Sólo en una ocasión, poco después de su discurso en la Feria de Frankfurt, cuando se le otorgó el Premio en esa feria, fue atacado en México debido a un discurso contrario a la Revolución Sandinista en Nicaragua.

Me encontré con Octavio en una comida de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Octavio Paz llegó y me saludó, mi esposa me dijo: "Creo que Octavio está molesto contigo". "No lo siento así", le respondí. Sin embargo al terminar la comida Paz me tomó por un hombro y me dijo:

— Leopoldo, cuando me critiques primero me lees.

— Cuando yo te critico —le contesté— te he leído, escrito mi crítica, la he firmado y la he publicado. ¿Dónde está mi crítica?

- ¡Bueno —contestó— eso me han dicho!  
— A mí también me han dicho que dices tú que soy un pésimo escritor.  
¿Qué te parece si nos guardamos mutuo respeto como amigos que somos?

A Octavio Paz lo conocí en 1944 en Mascarones, en la Facultad de Filosofía y Letras. Sabía de él por su presencia en España. Lo traté más cuando se encargó de la Dirección de Organismos Internacionales en la Secretaría de Relaciones Exteriores y yo estaba a cargo de Cooperación Intelectual en la Secretaría de Educación Pública. Posteriormente, cuando fui designado por el presidente Adolfo López Mateos director general de Relaciones Culturales en la Secretaría de Relaciones Exteriores Paz era ministro plenipotenciario encargado de la Cultura en la Embajada de México en Francia. Lo encontré varias veces en que hablamos de muchas cosas que nos eran comunes en el campo de la cultura. Después, en 1946, como embajador de México en la India, platicamos mucho y con su ayuda conocí muchos lugares de ese fabuloso país.

En 1968 se dieron los trágicos sucesos de Tlatelolco, que motivaron la renuncia de Octavio Paz a la Embajada en la India. A su regreso a México, en 1969, fue fuertemente hostilizado. Un grupo de amigos redactó un desplegado en la prensa en su defensa y apoyo, fui parte de los firmantes. Sucedió algo de lo que nunca hablé, pero lo ha hecho Sergio Aguayo recientemente en *Reforma*. En la investigación que él ha venido haciendo en los Archivos de la Nación sobre los sucesos de 1968, encontró documentos sobre la cancelación por este hecho de una asesoría cultural que yo tenía en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En efecto, al asumir la Dirección de Filosofía y Letras en la UNAM a propuesta del rector Ignacio Chávez, renuncié a mi puesto en Relaciones Exteriores como director general de Relaciones Culturales. La Secretaría le pidió al doctor Chávez autorizara que me quedara ligado a la misma por una asesoría cultural, cosa que él aceptó. Cuando apareció el desplegado se me llamó y se me dijo que tenía la Secretaría un problema presupuestal y por ello se aplazaría el contrato que año con año se me hacía. Les dije que acababa de recibir el contrato, debidamente firmado por las autoridades de esa Secretaría y lo había regresado firmado. Pero agregué que no se preocuparan, rompieran el contrato y cancelaran mi colaboración. Sabía la causa.

En 1970 cambió la situación política en México y con ello la de Octavio Paz, que recibió el trato que le correspondía como

una de las más destacadas personalidades de la cultura mexicana de nuestros días. Nos vimos algunas veces. Entre ellas, la ocasión en que me habló en relación con su Discurso en la Feria de Frankfurt. Desde que lo conocí me pareció de extraordinaria importancia su libro *El laberinto de la soledad* publicado por Cuadernos Americanos en 1950. En este campo mi preocupación era común con la de Octavio Paz: la identidad del mexicano y su cultura. Fui generosamente citado por él en ese libro, en especial por mi trabajo sobre *El positivismo en México*, publicado en 1943; salvo en una objeción que no entendía.

Años después me enteré que en el mismo 1943, cuando aún no nos conocíamos, Paz había publicado un amplio comentario sobre *El positivismo* en la revista argentina *Sur*, recogido en su libro *Primeras letras*, publicado en 1988 por Vuelta. Sus palabras son muy elogiosas:

Leopoldo Zea —escribió— es uno de los más jóvenes escritores mexicanos. Desde su iniciación se ha dedicado, con singular constancia, al estudio de las cuestiones filosóficas. No nos extraña esa afición; es en la juventud cuando nos planteamos, otra vez, los problemas que apasionaron a nuestros mayores. En esa edad todos servimos, bien o mal, a la filosofía, amiga del ocio [...] La filosofía es una actividad juvenil ... que da sus frutos en la vejez. Pero si no es extraña la vocación de Zea, sí lo son su amor al trabajo, su seriedad y su paciencia, su sentido de las jerarquías y su espíritu de investigación, rasgos nada juveniles y, me atrevería a decir, nada frecuentes entre nosotros. Fruto de esta vocación y de estas virtudes es su primer libro: *El positivismo en México*.

A continuación hizo un amplio análisis y críticas del libro y algunas no las entendí. Paz termina con estas palabras: “Las críticas que he hecho al libro de Zea no lo invalidan en su porción fundamental: la clara y precisa exposición de la doctrina de los positivistas mexicanos [...] Si es difícil encontrar en un hombre tan joven tal amor paciente al saber, es más difícil contemplar cómo ese amor es servido por una inteligencia tan clara”. Este joven que no conocía era mayor que él por dos años. Algunas veces ante amigos comunes le decía: “Octavio no olvides que soy tu mayor”. “¿Por qué?” replicaba. “Porque tengo dos años más que tú”. “No —replicaba—, yo soy dos años más joven que tú”.

La clave de mi incompreensión a las críticas que hacía a mi obra *El positivismo en México* me la dio Enrico Mario Santí, que

hizo la selección, introducción y notas al libro *Primeras letras* de Octavio en 1988. En la

reseña a *El positivismo en México* del profesor Leopoldo Zea, emprende lo que equivale a una crítica marxista de ese célebre estudio. En el estudio de Zea Paz señala, por ejemplo, la omisión de Marx entre los autores del concepto de ideología; omisión inexplicable, si pensamos que Marx es la fuente de todos los autores que Zea sí cita [...] La crítica es relativa pero significativa: demuestra el marco de referencia específico que utiliza Paz a despecho de su marcada disidencia personal ante la política del momento [...] Pero la reseña sobre *El positivismo en México* (1943) tiene otro aspecto saludable: demuestra que no desaparece la preocupación por el tema nacional.

Con estos antecedentes vuelvo al 11 de octubre de 1990 cuando en Londres me enteré del otorgamiento a Octavio Paz del Premio Nobel. Pocos días después llegué a París en donde me encontré con un grupo de intelectuales europeos amigos míos. Me dijeron que hablarían sobre el Premio Nobel otorgado a Octavio Paz. Lo hicieron y expresaron que les llamó la atención que el Premio en esta ocasión se le hubiese otorgado a un escritor cosmopolita. El criterio había sido otorgárselo en Latinoamérica a escritores como Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias y Gabriel García Márquez, que partían de sus propias raíces y enfrentaban a la sociedad a la que pertenecían. ¿Por qué no les otorgaron el premio a escritores cosmopolitas como Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges?

— ¿Entonces —repliqué— se lo otorgaron a uno de ustedes?

— ¡No —me dijeron—, sino a uno como nosotros!

Molesto les repliqué

— ¿Han leído *El laberinto de la soledad*? No, en realidad no conocen su obra literaria y poética.

Recordé que un par de años antes, en Hamburgo, los responsables de una *Historia de la literatura latinoamericana* en preparación, habían estudiado la obra literaria y poética de Octavio Paz, pero no encontraban mensaje como el que encontraban otros latinoamericanos.

— ¿Han leído ustedes *El laberinto de la soledad*?, les dije.

— Poco, lo que nos interesa son su poesía y prosa literaria que son magníficas pero sin mensaje. *El laberinto* es un ensayo circunstancial.

— Ustedes desconocen el mensaje universal que contiene este libro.

En *El laberinto*, escribe Paz:

Estamos al fin solos. Como todos los hombres. Como ellos vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del “ninguneo”, el de la soledad cerrada, que si nos defiende nos oprime y que al ocultamos nos desfigura y mutila. Si nos arrancamos esas máscaras, si nos abrimos, si en fin, nos afrontamos, empezaremos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. Somos por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres.

*El laberinto* termina diciendo: “La Historia Universal es ya tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres”. Preguntemos ahora en este fin de siglo y de milenio ante una nueva globalización, en la cual toda la gente y pueblos quieren participar en una relación horizontal de solidaridad y no de dependencia. ¿No es éste un extraordinario mensaje nacional, universal y ahora actual?

En 1991, en el número 26 de *Cuadernos Americanos*, a mi cargo, publicamos un homenaje a Octavio Paz por el Premio Nobel. Allí publiqué un trabajo mío que titulé: “Paz, a lo universal por lo profundo”. Octavio sabía de esta publicación y me preguntó cuándo salía. Cuando apareció se la envié rápidamente. No recibí acuse ni comentario alguno. Varios meses después reprodujo el trabajo un diario en México. Encontré a Octavio y me dijo que había leído mi trabajo en la reproducción.

— Pero te envié el número de la revista.

— La verdad no me acuerdo.

— ¿Qué te ha parecido?

— De eso quiero hablarte, ya te buscaré.

Nunca hablamos de ello. Obviamente no le había gustado. ¿Por qué? Porque en él expuse lo que opinaban algunos intelectuales europeos respecto del otorgamiento, distinto del establecido por la Academia Sueca en el caso de otros de escritores latino-americanos.

Para mí Octavio no era grande por el Nobel, sino por él mismo. La grandeza está en él y no en los premios siempre condicionados que le otorgan. Premios que son extraordinarios reconocimientos para un hombre de cultura pero que no lo determinaban como tal. Grave sería que un escritor escribiese para que le otorga-

ran algún premio o se preocupase porque el mismo premio recayese en un compatriota. Bienvenidos tales reconocimientos que amplían el horizonte de recepción de un mensaje como el de Paz. La obra de Paz lleva un mensaje humano extraordinario, con independencia de cualquier reconocimiento condicionado externo.

Releo ahora *El laberinto de la soledad* y el Discurso de Octavio ante la Academia Sueca y me hago la pregunta ¿tenía para Octavio Paz la importancia que tiene *El laberinto de la soledad*? ¿O consideraba más importante su obra poética y su análisis y prosa literaria? Claude Fell, destacado crítico francés, habló en una entrevista con Octavio de la importancia que tiene para su autor *El laberinto de la soledad*. Fell comenta: “Es bastante difícil hacerle preguntas sobre *El laberinto de la soledad*, que es una obra sumamente coherente, marcada por un balanceo dialéctico constante, y que sugiere al lector los calificativos de ‘claridad y transparencia’ con los que define en el mismo libro la obra de Alfonso Reyes”. Hay, al parecer, una resistencia a este libro porque pudiera situarlo fuera de la universalidad de los grandes hombres de cultura occidentales. Pese a esta resistencia, tal libro, como insiste Fell, le da la universalidad que pareciera buscar por otra vía. Los grandes de la cultura occidental partieron de sí mismos, de su propia y concreta experiencia e identidad; sin modelos porque no los tenían, pero los creaban asimilándolo a la universalidad de las diversas culturas con las que la expansión occidental se encontró.

El problema para Octavio Paz lo planteó su propia y concreta identidad y el mundo al que quiere acceder, la modernidad. Estos problemas, por ello universales, son los que ahora se plantean los mismos occidentales huérfanos de la supuesta universalidad de su cultura. Universalidad puesta en entredicho por las culturas emergentes que originaron su injerencia. ¿Cómo acceder a la universalidad, a la modernidad, partiendo de una limitada identidad? Octavio Paz dio la respuesta: es en la soledad, en la orfandad, con la que ahora se encuentra el occidental en el Nuevo Milenio. Se encuentra ahora con otras soledades, las de los marginados y toma conciencia de que “por primera vez en la historia son contemporáneos todos los hombres”.

Paz, en el inicio de *El laberinto de la soledad* nos dice:

A todos, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso [...] El descubrimiento de noso-

tros mismos se manifiesta como un sabemos solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla, la de nuestra conciencia [...]

A los pueblos en trance de crecimiento les ocurre algo parecido. Su ser se manifiesta como interrogación: ¿qué somos y cómo realizaremos eso que somos? Muchas veces las respuestas que damos a estas preguntas son desmentidas por la historia, acaso porque eso que llaman el “genio de los pueblos” sólo es un complejo de reacciones ante un estímulo dado; frente a circunstancias diversas, las respuestas pueden variar y con ellas el carácter nacional que se pretendía inmutable [...] Despertar a la historia significa adquirir conciencia de nuestra singularidad, momento de reposo reflexivo antes de entregarnos al hacer.

Precisamente lo que plantea Paz respecto de nuestra singular historia es lo que ahora se plantea al mundo occidental y su cultura. Sus hombres toman conciencia de que no son lo que creían ser, sino hombres entre hombres y por ende de la necesidad de justificarse a sí mismo ante los otros, vistos como parte de su periferia.

Octavio Paz agrega:

La preocupación por el sentido de las singularidades de mi país, que compartí con muchos, me parecía hace tiempo superflua y peligrosa. En lugar de interrogarnos a nosotros mismos ¿no sería mejor crear, obrar sobre una realidad que no se entrega al que la contempla, sino al que es capaz de sumergirse en ella? Lo que nos puede distinguir del resto de los pueblos no es la siempre la dudosa originalidad de nuestro carácter [...] Pensaba que una obra de arte o una acción concreta definen más al mexicano [...] que la más penetrante de las descripciones. Mi pregunta, como la de los otros [...] sobre el pretendido carácter de los mexicanos, hábiles subterfugios de nuestra impotencia creadora.

La única respuesta a los análisis sobre qué es el mexicano y su cultura la dio Paz y quienes se hacían esta reflexión: el mexicano es un hombre como todos los hombres con posibilidades e impedimentos. Conocer éstos permitirá estimular unas y limitar los otros. De lo que habla Octavio Paz en su libro no es de un estereotipo de hombre, sino del hombre concreto que ha de partir de lo que es, de su historia, cultura y relaciones con sus semejantes. Y a partir de esto tratar de ser lo que libremente quiere ser y será todo aquello de donde parte y lo que él aporte. Esto es, lo será dentro de su ineludible situación nacional y universal.

El desfase entre la identidad concreta del mexicano y la modernidad lo hace patente Paz en la figura del marginado, el pachuco, el mexico-americano, el chicano, el latino o hispano.

La historia de México —dice Paz— es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, “pochó”, cruza la historia como un cometa de Jade que de vez en cuando relampaguea [...] Es una orfandad, una oscura conciencia de que hemos sido arrancados del Todo y una ardiente búsqueda: una fuga y un regreso, tentativa por restablecer los lazos que nos unían a la creación.

Esto también se hace patente en Ortega y Gasset, cuando dice que el español ha sido todo esto y necesita asumirlo para definitivamente ser alguien concreto. Y el argentino Murena cuando habla del pecado original de América, y el pecado es el haber dejado de ser europeo para ser algo distinto, que se pagó con la marginación. Al terminar la Segunda Guerra mundial, Jean-Paul Sartre nos dice que el francés no es ya el hombre por excelencia, sino un hombre como todos los hombres. Esto es, orfandades múltiples, diversas, que abarcan a los que se consideraban por su origen, expresión de la universalidad por excelencia.

Paz habla de una filosofía que no es ya la filosofía que parte de modelos externos. “Una filosofía mexicana —dice Paz— que tendrá que afrontar la ambigüedad de nuestra tradición y de nuestra voluntad misma de ser que sí exige una plena originalidad nacional, no se satisface con algo que no implique una solución universal”. De acuerdo con esta filosofía

la mexicanidad será una máscara que, al caer, dejará ver al fin al hombre. Las circunstancias actuales de México transforman así el proyecto de una filosofía mexicana en la necesidad de pensar por nosotros mismos unos problemas que ya no son exclusivamente nuestros, sino de todos los hombres. Esto es, la filosofía mexicana, si de veras lo es, será simple y llanamente filosofía a secas.

Por esta posibilidad Paz se refirió al maestro que lo estaba haciendo posible, mi maestro José Gaos, con el que aprendí el auténtico filosofar por excelencia, que parte del hombre, de sí mismo, como hombre, como única posibilidad de entender lo humano, entendiéndose a sí mismo. Gracias a la fundación de instituciones como El Colegio de México —dice Paz— y a la acción de un grupo de maestros como José Gaos,

la nueva generación está en aptitud de manejar los instrumentos que toda empresa intelectual requiere. Por primera vez desde la época de la independencia, la "inteligencia" mexicana no necesita formarse fuera de las aulas. Los nuevos maestros no ofrecen a los jóvenes una filosofía, sino los medios y las posibilidades para crearla. Tal es, precisamente, la misión del maestro.

¿Cómo recibió Octavio Paz el Premio Nobel? ¿Como un cosmopolita semejante a los hombres de cultura europea y occidental? ¿Uno como ellos o uno de ellos? Lo recibió acentuando sus diferencias. De estas diferencias habló Alfonso Reyes en sus *Notas sobre la inteligencia americana*. Las de un hombre consciente de su ineludible peculiaridad. De esto es de lo que ahora los pensadores occidentales han tomado conciencia respecto de sí mismos. No como un hombre de cultura que intentaba ser clonación de quienes se consideran expresión de lo humano y cultura por excelencia. Alfonso Reyes les dice a los intelectuales europeos: "Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros". Sin embargo esto todavía implica asumir modelos para los que ya se considera capacitado. Europa, el Occidente, no se hizo de la nada; se formó asimilando la diversidad de las expresiones de lo humano y su cultura, que primero se dieron encuentro en el Viejo Mundo. Fue lo que hicieron griegos y romanos en el Mediterráneo, lo que Alejandro de Macedonia hizo al helenizar el Oriente del mundo. Ese rico mundo, cultura y expresión de lo humano, europeo y occidental, lo asimila México y la América de la que es parte, pero haciéndolo más rico al ser sumadas a él las razas indígenas y sus culturas, ampliando las del Mediterráneo.

Este difícil y arrogante paso hay que darlo frente a la visión marginadora de lo que se considera expresión de lo humano y cultural por excelencia. No basta decirle "pronto os habituaréis a contar con nosotros", sino "desde siempre habéis tenido que contar con nosotros. Sin nosotros, sin los pueblos una y otra vez marginados, vosotros no seríais lo que sois".

Octavio Paz dio este paso de dignidad humana en su Discurso ante la Academia de Suecia. Parte de la experiencia de su juventud, su niñez, su infancia. "Como todos los niños, construí puentes imaginarios y afectivos que me unían al mundo y los otros". "El jardín se convirtió en el centro del mundo y la biblioteca en caverna encantada". Este maravilloso mundo lo nutrían las imágenes que ofre-

ción los cuentos, los libros que leía y que Paz sentía como suyos. También nosotros, como todos los niños y jóvenes de esos tiempos, nos transportábamos a un D'Artagnan, un Cid, un Ulises. En mi caso concreto, un Douglas Fairbanks, con sus maravillosos saltos. "El mundo —sigue Octavio— era ilimitado y, no obstante, siempre al alcance de la mano; el tiempo era una sustancia maleable y un presente sin fisuras".

Pero Octavio Paz adulto vio que toda esa ficción no era lo que creía.

Acepté —dice Octavio— lo inevitable: fui adulto. Así comenzó mi expulsión del presente. Decir que hemos sido expulsados del presente puede parecer una paradoja. No, es una experiencia que todos hemos sentido alguna vez: algunos la hemos vivido primero como una condena y después transformada en conciencia y acción. Para nosotros, hispanoamericanos, ese presente real no estaba en nuestros países: era el tiempo que vivieron los otros, los ingleses, los franceses y los alemanes. El tiempo es de Nueva York, París, Londres. Había que salir en su busca y traerlo a nuestras tierras.

Y agrega: "Quise ser un poeta moderno. Comenzó la búsqueda de la modernidad".

¿Qué es lo moderno? ¿Qué es la modernidad? "Para nosotros los latinoamericanos, la búsqueda de la modernidad poética —dice Paz— tiene un paralelo histórico en las repetidas y diversas tentaciones de modernidad de nuestras naciones". Este paralelo, agregaríamos, está expreso en los inútiles esfuerzos civilizatorios de nuestros próceres, los Sarmiento, Alberdi y Sierra, como el inútil afán por ser otro de lo que somos. Pero el querer hacer propios los instrumentos de la modernidad no implica tener que ser clonación de sus creadores. Paz explica la peculiar expresión del desarrollo de un pueblo como el mexicano, patente en la Revolución de 1910.

A diferencia de otras revoluciones del siglo xx, la de México no fue tanto la expresión de una ideología más o menos utópica —dice Paz— como la expresión de una realidad histórica y psíquica reprimida. No fue la obra de un grupo de ideólogos decididos a implantar unos principios derivados de una teoría política; fue un sacudimiento popular que mostró a la luz lo que estaba escondido. Por eso mismo fue, tanto más que una revolución, una revelación. México buscaba el presente fuera y lo encontró dentro, enterrado pero vivo. La búsqueda de la modernidad nos llevó a descubrir nuestra antigüedad, el rostro oculto de la nación.

¿Acaso —preguntamos— no es este encuentro el punto de partida de los grandes cambios de la Humanidad, de las más auténticas de las revoluciones? Arnold Toynbee al hacer llegar su deseo de visitar México, me escribió el porqué: “Desde 1910 el pueblo mexicano ha estado desempeñando una función sobresaliente en la vida pública de nuestra civilización occidental”. “La revolución agraria en México desde 1910 me interesa particularmente porque pienso que en este aspecto el pueblo mexicano ha sido un precursor”. En su libro *La civilización puesta a prueba* lo había ya escrito.

La revolución por la que atraviesa México desde 1910 puede interpretarse como el primer movimiento para sacudir los avíos de civilización occidental que le impusimos en el siglo xvi, y lo que hoy ocurre en México puede suceder mañana en los asentos de la civilización nativa sudamericana: el Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia

Y en la carta que me escribe agrega: “Lo que ha sido ya realizado en México, puede quizás ocurrir en otros países latinoamericanos, y tal vez también en Asia y África. Veo en ella el principio de un movimiento de alcance mundial”.

Octavio Paz vio todo esto y lo hizo patente, no tanto en su poesía y crítica literaria, sino en ese maravilloso ensayo de ensayos que es *El laberinto de la soledad*, libro que será el punto de partida de su Discurso ante la Academia Sueca, la cual le otorgó el premio no como a un cosmopolita, sino como a un hombre que ha captado en sí mismo, en su intimidad, en su soledad, la universalidad de sus relaciones con los otros, hombres y pueblos. Ésta es la más auténtica de las universalidades en la cual están ahora empeñados todos esos pueblos como el mexicano, tal como vio Arnold Toynbee.

Allí están las palabras de Octavio Paz ante los sucesos y el mundo occidental:

En mi peregrinación en busca de la modernidad me perdí y me encontré muchas veces. Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no estaba fuera sino dentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua, es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer. Habla el náhuatl y traza ideogramas chinos del siglo ix y aparece en la pantalla de televisión. Presente intacto, recién desenterrado, que sacude el polvo de los siglos, sonríe, y de pronto se echa a volar y desaparece por la ventana Simultaneidad de tiempos y de presencias; la modernidad rompe

con el pasado inmediato sólo para rescatar el pasado milenario y convertir una figurilla de fertilidad del Neolítico en muestra contemporánea. Perseguimos a la modernidad en sus incesantes metamorfosis y nunca logramos asirla. Se escapa siempre: cada encuentro es una fuga. La abrazamos y al punto se disipa: sólo era un poco de aire. Es el instante, ese pájaro que está en todas partes y en ninguna. Quería asirlo vivo pero abre las alas y se desvanece vuelto un puñado de sílabas. Nos quedamos con las manos vacías. Entonces las puertas de la percepción se abren y aparece el otro tiempo, el verdadero, el que buscamos sin saberlo: el presente, la presencia.

Para nosotros la búsqueda de la modernidad ha terminado. Este presente está vivo en pueblos y gente como la nuestra, preparando el futuro que no es ya el de unos hombres, unos pueblos, sino de todos los hombres y todos los pueblos que a través de la historia lo han venido haciendo, lo han hecho y lo harán, pero ahora en beneficio de todos y cada uno de ellos en concreto. La obra de Paz no es así clonación de obra alguna, es una obra que, en conjunto, expresa el hacer de todas las gentes a partir de la soledad que es la de todos. Y universal que parte de lo profundo de sí mismo.